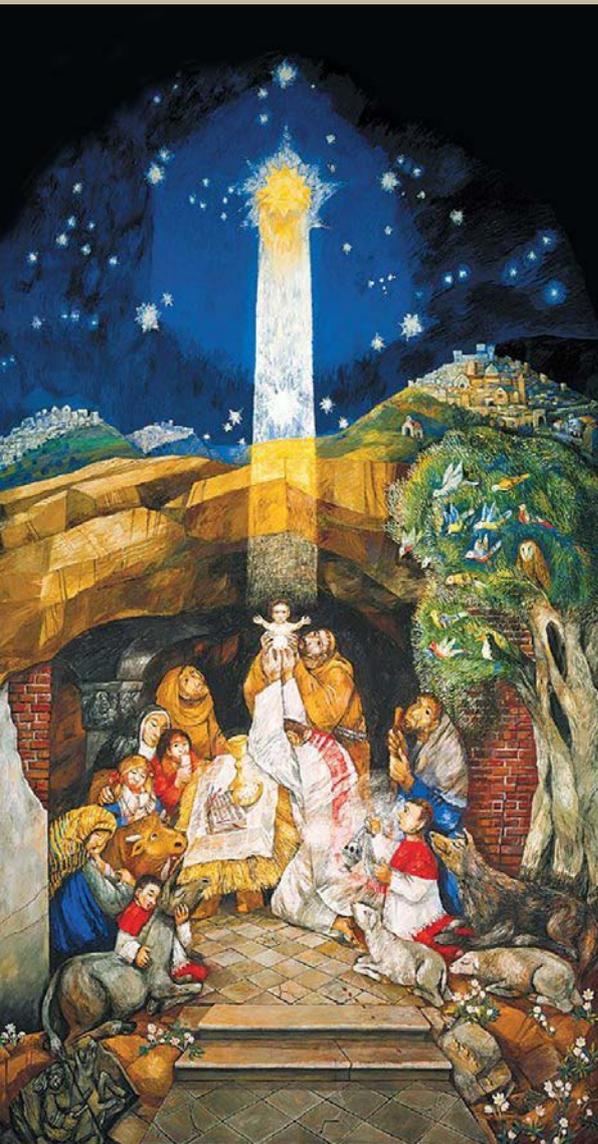


# Humano, más humano



A veces nos sentimos lejanos y extraños para nosotros mismos; y se nos recuerda “Humano, más humano”. En ocasiones vemos claro que huimos y nos defendemos de situaciones y realidades que nos toca vivir; y escuchamos al fondo “Humano, más humano”. Se valoran nuestros tiempos como de post-humanismo, trans-humanismo; y un poco nos encogemos: “¡no, Humano, más humano!”. Dios nos descoloca y nos cuesta ver cómo realmente salva nuestra tierra; y Él mismo nos susurra: “Humano, más humano”. Nos acongoja nuestra capacidad de destrucción y guerra, y los invisibles e interesados hilos ocultos que tejen y parecen condenar la historia; y un poco más allá alguien resiste: “Humano, más humano”...

La Navidad que Francisco quiso celebrar con todos en Greccio, (1223, hace 800 años), fue y sigue siendo esta misma exclamación aquilatada y jubilosa a la vez, ¡Humano, más humano! Dios lo tiene claro; esa es su revelación, su sabiduría, en Jesús, el Hijo del Hombre, el niño que nació en Belén: en lo humano está todo. La insistencia, la repetición, Greccio, sentencia y celebra esa certeza y esa orientación a no perder. Lo que quiere provocar es un encuentro, a la vez, con la sencillez y la hondura de nuestra Humanidad. Un reencuentro progresivo, paciente, hecho en la aventura azarosa de toda nuestra vida, desde el nacimiento hasta la muerte. Francisco, mirando a Jesús, agarrado a Él, no solo una noche, sino cada día y al contacto con todas las situaciones de la vida, aprendió a ser humano, fue humanizándose. Humano del todo.

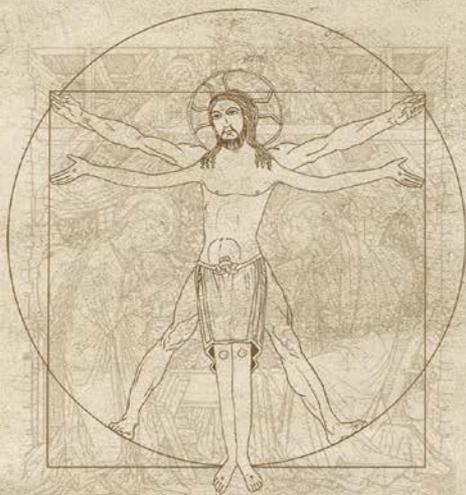
En aquella noche de Navidad en Greccio, Francisco desea celebrar la memoria de aquel niño y contemplar su encarnación humilde en “*la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad*” (2ª Carta a los Fieles, 4). Tan en lo humano está todo que es la piel del mismo Dios, su carne verdadera; la nuestra y no otra, de principio a fin. Eso nos hace descubrir y contemplar la santidad primordial de todo lo humano, la sacralidad de nuestro ser, particularmente de nuestras fragilidades, el misterio que nos habita. Y si es así, en justa correspondencia, ¡oh paradoja!, también intuimos que en todo lo nuestro, en nuestras grietas y vulnerabilidad, está la posibilidad de llevarnos más allá de nosotros mismos: a nombrar en mí, conmigo, a Otro. Lo máximo de lo humano.

## Reflexión

Jesús Torrecilla

La noche de Navidad, Greccio, para Francisco es una noche de amparo mutuo, humilde y real. Allí están todos, en cercanía y en camino compartido, y no falta nadie: *“La noche resplandece como el día, noche placentera para los hombres y para los animales. Llega la gente y, ante el nuevo misterio, saborean nuevos gozos. La selva resuena de voces y las rocas responden a los himnos de júbilo. Cantan los hermanos las alabanzas del Señor y toda la noche transcurre entre cantos de alegría. El santo de Dios está de pie ante el pesebre, desbordándose en suspiros, traspasado de piedad, derretido en inefable gozo”* (1 Celano 85). Lo primero que provoca uno que nace es la alegría, la admiración agradecida. Lo más originariamente humano es el encuentro, el cuidado recíproco, la generosidad. Por fría y oscura que sea la noche, tantas noches, hay espacios cálidos; con otros, juntos, los creamos y habitamos. Por mucha que sea la inhumanidad, hay una humanidad mayor que la aloja; y la sufre y padece y redime. Humano con otros y para todos.

Seguro que Francisco, en Greccio, rezó de memoria el salmo que compuso para la Navidad. Hace tuyas palabras que son de todos: *“En aquel día envió el Señor su misericordia y en la noche su canto. Este es el día que hizo el Señor; saltemos de gozo y alegrémonos en él”*: ¡Humano, más humano!



# Humano, más humano